

A detailed oil painting of Emperor Charles V, showing his face and upper torso. He has a full beard and is wearing a white shirt with a dark, ornate collar. The background is dark and indistinct.

UNA NUEVA VIDA DEL EMPERADOR

CARLOS V
GEOFFREY
PARKER

Geoffrey Parker
Carlos V

Una nueva vida del emperador

Traducción del inglés de Victoria E. Gordo del Rey

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Emperor: A New Life of Charles V*

© Geoffrey Parker, 2019
© de la traducción, Victoria E. Gordo del Rey, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Iconografía: Grupo Planeta

© de las ilustraciones del interior, © Real Academia de la Historia, © Colección particular - Interfoto – Age, © 2018, The British Library Board / Scala, Florence, © Album, © Armoury Collection of the Kunsthistorisches Museum, © Biblioteca Nacional de España, © Metropolitan Art Museum, © Bibliothèque royale de Belgique, © Hispanic Society of America, © Haus-, Hof- und Staatsarchiv, Viena, © Erich Lessing / Album, © Patrimonio Nacional, © Archivo General de Simancas, © Alamy – ACI, © The Picture Art Collection / Alamy, © Artepics – Age, © akg-images / Album, © Ivan Vdovin – Age, © AESA, © Princeton Theological Seminary Library, © Oronoz – Album, © Staatsbibliothek München, Museum © 2018. Photo Scala, Florence / V & A Images / Victoria and Albert Museum, London, © Dea Picture Library – Age, © Colección particular, © Ken Welsh / Bridgeman Images

Primera edición: febrero de 2019
Depósito legal: B. 1.095-2019
ISBN: 978-84-08-20477-0
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Unigraf
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

<i>Prefacio</i>	11
PRIMERA PARTE: EL JOVEN CARLOS	
1. De duque de Luxemburgo a príncipe de Castilla, 1500-1508	25
2. El príncipe huérfano, 1509-1514	51
3. La complicada herencia, 1515- 1517	74
Retrato del emperador joven	99
SEGUNDA PARTE: JUEGO DE TRONOS	
4. De rey de España a rey de Romanos, 1517-1519	109
5. De la paz a la rebelión y a la guerra, 1519-1521	141
6. Una victoria arrancada de las fauces de la derrota, 1521-1525	174
7. Una derrota arrancada de las fauces de la victoria, 1525-1528	197
8. Adalid del mundo occidental, 1528-1531	235
Retrato del emperador como un príncipe del Renacimiento	263
TERCERA PARTE: «SOBERANO DESDE DONDE SALE EL SOL HASTA EL OCASO»	
9. El último cruzado, 1532-1536	289
10. Años de derrota, 1536-1541	316
11. Ajustando cuentas, primera parte: Güeldres y Francia, 1541-1544	351

12.	Ajustando cuentas, segunda parte: Alemania e Italia, 1545-1548	382
13.	La dominación de América Retrato del emperador en su plenitud	419 459

CUARTA PARTE: CAÍDA

14.	<i>Paterfamilias</i> , 1548-1551	481
15.	Las últimas campañas del emperador, 1551-1554	515
16.	Un retiro agitado, 1555-1558	551
	Epílogo. Balance del reinado	583

APÉNDICES

I.	Las <i>Memorias</i> del emperador	621
II.	La vida <i>post mortem</i> de los restos de Carlos V	624
III.	¿Las últimas instrucciones de Carlos V a Felipe II?	629
IV.	«Doña Ysabel, Ynfanta de Castilla, hija de la Magestad del Emperador»	633

	<i>Agradecimientos</i>	637
	<i>Convenciones utilizadas en este libro</i>	643
	<i>Cronología de la vida de Carlos V</i>	647
	<i>Abreviaturas utilizadas en las notas y las fuentes</i>	673
	<i>Notas sobre las fuentes</i>	679
	<i>Notas</i>	733
	<i>Fuentes y bibliografía</i>	907
	<i>Listado de láminas e ilustraciones</i>	967
	<i>Índice onomástico</i>	971

1. De duque de Luxemburgo a príncipe de Castilla, 1500-1508

El duque de Luxemburgo

«Trataremos lo primero de su linaje», comenzaba diciendo Pedro Mexía en su biografía de Carlos V, escrita en 1548, y cuyo primer capítulo —titulado «De la alta, muy grande y clara genealogía y linage deste gran príncipe»— enumeraba los antepasados de su héroe a lo largo del milenio anterior.¹ Mexía identificaba así correctamente el primer y principal activo de Carlos —su elevada estirpe—, aunque con posterioridad se llegó a exagerar este punto. Cuando nació Carlos, en 1500, su padre, el archiduque Felipe, gobernaba un reducido número de provincias de los Países Bajos heredadas de su madre, la duquesa María de Borgoña, si bien también era el heredero de las lejanas tierras austriacas bajo el dominio de su padre, Maximiliano, jefe de la casa de Habsburgo. Las expectativas de la madre de Carlos, Juana, no eran en principio comparables, dado que era la tercera de los hijos de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, ambos pertenecientes a la casa española de Trastámara y generalmente conocidos como los «Reyes Católicos», título que les había sido concedido por un benévolo papa español.

En la práctica, lo único que estas tres casas compartían era el temor a Francia. Borgoña había firmado varios tratados antifranceses con Aragón en la década de 1470, y Maximiliano propuso el matrimonio de su hijo con una princesa española una década más tarde, pero las negociaciones fueron perdiendo fuerza, hasta que en 1494 Carlos VIII de Francia invadió Italia con un numeroso ejército. Al año siguiente, Maximiliano se quejó a los Reyes Católicos de «que el rey de Francia, después de aver ganado el reyno de Nápoles quiere entrar en las otras tierras de Ytalia», y para convencerles de «que resistan y ofendan al rey de Francia»

les propuso que su hija Margarita se casara con el heredero de los Católicos, el príncipe Juan, y que su propio heredero, Felipe, lo hiciera con Juana. La princesa llegó a Lier, localidad cercana a Amberes, en octubre de 1496, donde la pareja consumó su matrimonio. Nadie fue capaz de prever que el hijo nacido de esta unión gobernaría el mayor imperio conocido en mil años (*véase figura 1*).²

El futuro Carlos V hizo notar su presencia ya desde el seno materno: en septiembre de 1499 Felipe hizo llamar «a una comadrona de la ciudad de Lille» para que «fuera a ver» a Juana, quien por entonces estaba embarazada de cuatro meses. En principio todo parecía normal, pero la situación cambió cuatro meses después, ya que el archiduque envió a un mensajero «a toda prisa, sin parar ni de día ni de noche ni reparar en hombres ni en caballos», a pedir al abad de un convento cercano a Lille que le prestara su reliquia más preciada, el «anillo de la Virgen», que supuestamente José le puso a María cuando se casaron, y del que se decía «procuraba consuelo a las parturientas». De acuerdo con algunas crónicas, el anillo resultó ser sumamente eficaz: Juana se puso de parto mientras asistía a un baile en el palacio de los condes de Flandes, en Gante, y apenas tuvo tiempo de llegar a la letrina más cercana para dar a luz al futuro emperador. Fue el 24 de febrero de 1500, día de San Matías.³

Nada más conocer la noticia del nacimiento, los ciudadanos de Gante, según un poema escrito por el máximo poeta de la ciudad, testigo del hecho,

Se lanzaron a gritar, grandes y pequeños, «Austria» y «Borgoña»,
por toda la ciudad durante tres horas.
Todos corrían de un lado a otro proclamando la buena nueva,
el [nacimiento de] un príncipe de la paz.

Entretanto, Felipe firmaba cartas en las que instaba a las principales ciudades de los Países Bajos a organizar «procesiones, fuegos artificiales y juegos públicos» para celebrar el nacimiento de su heredero, y convocaba a los principales clérigos de sus dominios para celebrar el bautismo del niño.⁴ También envió un mensajero urgente a su hermana Margarita, que entonces regresaba de España, «suplicándola que se apresurara en volver para que pudiera sostener en sus brazos a su hijo junto a la pila bautismal» y ser su madrina. Nada más llegar Margarita, presionó a su hermano para que le pusiera al niño el nombre de «Maximiliano» como su padre, o «Juan», como su difunto marido; pero Felipe prefirió el nom-

bre de su abuelo, el duque Carlos de Borgoña, el Temerario, aunque también concedió al niño el título de «duque de Luxemburgo», una dignidad que habían portado varios antepasados de Maximiliano.⁵

Los abuelos de Carlos reaccionaron de diferentes maneras. En España:

Cuando la reina doña Isabel su agüela supo su nacimiento, acordándose de lo que en la Sagrada Escritura se hace mención, que fue elegido por suerte el apostolado de Cristo San Matías, entendiendo en cuánta esperanza había nacido su nieto, de poder suceder a tantos, y tan grandes reinos, y señoríos, dijo, que había caído la suerte sobre Matías.

En Alemania, Maximiliano se declaró «completamente satisfecho con el nombre» del niño «teniendo en cuenta el afecto que profeso a mi querido señor y suegro el duque Carlos». ⁶ Mientras, en Gante, los magistrados preparaban una serie de arcos de triunfo en representación de los dominios que el niño heredaría de su padre y su abuelo, al tiempo que otros aludían a las virtudes de la sabiduría, la justicia y la paz; y, la noche del 7 de marzo de 1500, una larga procesión acompañó al niño a través de un paso elevado especial entre el palacio y la iglesia parroquial en la que se celebraría su bautismo. Miles de antorchas colocadas a lo largo del camino «convirtieron la noche en día» (en palabras de un asombrado cronista) y permitieron a la gran multitud observar el desfile de personalidades y cortesanos que lentamente la fueron recorriendo, terminando con Carlos y sus cuatro padrinos, cada uno de ellos destinado a desempeñar un papel muy significativo en sus primeros años de vida: su bisabuela Margarita de York, viuda de Carlos el Temerario; su tía Margarita de Austria; Carlos de Croÿ, príncipe de Chimay, y Jean de Glymes, lord de Bergen, dos de los nobles más destacados de los Países Bajos. A nadie se le podía escapar el simbolismo de este acuerdo: Felipe, que normalmente habría ocupado el puesto de honor en la procesión, se lo cedió a su hijo, que de este modo tomaba posesión de su secular herencia recibiendo el homenaje de sus futuros súbditos y convirtiéndose en miembro de la Iglesia cristiana a través del bautismo.

Felipe tenía buenas razones para introducir esta innovación. Aunque poseía muchos títulos, sus antepasados los habían ido adquiriendo poco a poco a lo largo de un siglo: incluso su título de «duque de Borgoña» hacía referencia a un territorio perdido una generación antes. Como

Rolf Strøm-Olsen ha señalado: «El bautismo de Carlos representaba una oportunidad fuera de lo común para la corte Habsburgo de reivindicar su legitimidad, poder y autoridad a nivel suprarregional», lo que otorgaba a la ceremonia de Gante «en términos del ritual, parte de la significación de las ceremonias de coronación celebradas en otros lugares de Europa, que no estaban al alcance de los gobernantes de los Países Bajos» (*véase mapa 1*).⁷



Mapa 1. Tras su emancipación en febrero de 1515, Carlos partió hacia su primer «viaje» importante: un recorrido por las provincias Habsburgo de los Países Bajos occidentales, realizando una entrada ceremonial en la principal ciudad de cada uno de ellos para ser aclamado como su soberano. Después de cinco meses viajando, se detuvo a descansar en el coto de caza del barón Chièvres, sito en Heverlee, cerca de Lovaina. Posteriormente visitaría todas las demás provincias heredadas del sur, así como Utrecht (heredada en 1528) y Gelderland (obtenida en 1543); pero nunca encontró tiempo para visitar Frisia (obtenida en 1524), Drente y Overijssel (obtenida en 1528) o Groninga (obtenida en 1536).

No obstante, Felipe no confiaba del todo en la población de Gante. Tres semanas antes del nacimiento había ordenado que, en adelante, 20 arqueros y 25 alabarderos «estuvieran de guardia desde el momento en que el archiduque se levantara, y a continuación le acompañaran en su camino a la Misa». Estos «no debían abandonar el palacio» sin permiso expreso, para «dar seguridad y protección a la persona del archiduque día y noche». ⁸ No eran precauciones vanas. Tras la muerte de María de Borgoña en 1482, la ciudad de Gante se negó a aceptar a su marido Maximiliano como regente de los «Países Bajos borgoñones» y tutor de sus hijos pequeños. Sus magistrados se apoderaron del joven Felipe, al que mantuvieron secuestrado, y crearon un Consejo de Regencia «para mantener el derecho de nuestro señor, su hijo, al que tenemos por nuestro único y legítimo príncipe y señor». ⁹ En 1485 Maximiliano se puso al mando de tropas procedentes de sus territorios alemanes y austriacos para aplastar a los disidentes y liberar a su hijo, a quien trasladó a la ciudad lealista de Malinas, pero tres años después su comportamiento autocrático provocó que fuera capturado y encarcelado en Gante, y más tarde expulsado de los Países Bajos.

Las revueltas, las luchas entre facciones y la guerra caracterizaron por tanto la vida de Felipe hasta alcanzar la mayoría de edad, lo que ocurrió en su quince cumpleaños, en el año 1493, lo que llevó al nuevo soberano a adoptar un estilo de gobierno muy diferente al de su padre. Como Felipe mismo declaró en 1497: «Desde que me hice mayor de edad y nuestros territorios me otorgaron su lealtad, siempre he sentido el sincero deseo e inclinación a poner fin a los grandes desórdenes que aquí han prevalecido debido a guerras y divisiones pasadas, tanto en nuestra casa como en demás lugares de dichos territorios, y a introducir en cambio el orden». ¹⁰ Una década después, el embajador veneciano ante la corte de Borgoña, Vincenzo Quirino, consideró un éxito esta medida. Felipe, escribió, era «por naturaleza bueno, generoso, abierto, afable, amable y hasta cercano con todo el mundo» y «su intención era defender la justicia con todas sus fuerzas. Era piadoso y cumplía sus promesas». No obstante, añadía Quirino, «aunque entendía enseguida problemas complejos, era lento para resolverlos e indeciso a la hora de actuar. Para todo recurría a su Consejo». Quirino también refería haber «aprendido por experiencia que la toma de decisiones en esta corte es muy variable y mutable», ya que «a menudo deciden una cosa en el Consejo y luego hacen otra totalmente distinta». Gutierre Gómez de Fuensalida, el embajador español, estaba de acuerdo: el archiduque, es-

cribió, «es muy variable, y quien quiera terna poder para lo mudar»; por su parte, Maximiliano regañó una vez a su hijo por escuchar a «traidores y consejeros desleales que meten [falsas] ideas en tu cabeza a fin de generar divisiones entre tú y yo» y sugirió: «es mejor para ti que yo sepa tus planes antes que tus ministros, en lugar de que se me trate como a un extraño». Sin embargo, las repetidas peticiones de Maximiliano para que su hijo siguiera siempre sus orientaciones, sobre todo en lo referente a la guerra con Francia, ponían a Felipe (en palabras de Quirino) «en una encrucijada, entre el afecto paternal por un lado y la estima y confianza que le tenía a sus ministros, por el otro». En resumen, «creo que se encuentra en un laberinto». ¹¹

Olivier de la Marche, un veterano cortesano de los duques de Borgoña que fue preceptor de Felipe, parecía estar de acuerdo con estos desfavorables análisis porque, al final de sus *Memorias*, finalizadas justo antes de su muerte en 1502, llamaba al archiduque «Felipe-creelotodo» [*Philippe-croy-conseil*]. ¹² No obstante, en la Introducción de La Marche, escrita una década antes, este había advertido expresamente a su pupilo para no seguir el ejemplo de su testarudo padre Maximiliano. «Permíteme que te diga la verdad —instaba a Felipe—: nunca des a tus súbditos poder sobre ti, pero solicita siempre su consejo y ayuda para elaborar y apoyar tus grandes proyectos». La Marche alababa al archiduque porque, tras un cuarto de siglo de guerras y rebeliones, «atendiendo a consejos, has vuelto a poner al país en pie». Para cuando Carlos llegó al mundo, su padre había logrado unificar y pacificar sus dispares territorios y conseguir la aceptación universal del gobierno Habsburgo. También había constituido un grupo de treinta consejeros de confianza, muchos de los cuales también lo serían de su hijo, estableciendo así un elemento crucial de estabilidad y continuidad política que contribuyó a prevenir la repetición de episodios de agitación interna inmediatamente posteriores a la muerte de sus predecesores. ¹³

El joven duque de Luxemburgo no sabía nada de esto. Los diarios de su casa muestran que pocas semanas antes de dar a luz, «la archiduquesa y sus nobles hijos» (Carlos y su hermana Leonor, quince meses mayor que él) salieron de Gante hacia Brujas para luego dirigirse a Bruselas. Después Juana cayó gravemente enferma y «durante cuarenta y nueve días seguidos», Liberal Trevisan, médico personal de Felipe y miembro de su Consejo, se sumó a «los otros médicos y cirujanos en el cuidado de nuestra muy querida y amada esposa, para curarla de una enfermedad». ¹⁴ Carlos no sabía tampoco nada de esto. Un diplomático

español refería que «crianse juntos Mossior de Lucemburch y su hermana Madama Leonor en un aposentamiento, y por él no se ha añadido hasta agora persona en el servicio de ambos sobre los que antes estauan», con una excepción: Barbe Servels quien, como Carlos recordaba cuatro décadas más tarde, «fue mi nodriza principal durante nueve meses». Nacida en Gante, Barbe comenzó a criar a su augusto encomendado desde el primer momento, y Carlos se sintió siempre muy unido a ella: en 1540 fue padrino de su hijo, en cuya trayectoria se tomó gran interés, y cuando ella murió en 1554, ordenó que la enterraran en la catedral de Santa Gúdula de Bruselas y mandó poner un destacado epitafio en su honor.¹⁵

Los informes de Fuensalida a Fernando e Isabel nos ofrecen las primeras descripciones de Carlos y su hermana. En agosto de 1500, tras su primera visita, Fuensalida escribió lo que todo abuelo siempre quiere oír: con cinco meses «musyor de Lucenburc es tan creçido y rezio que pareçe de vn año», mientras que su hermana Leonor, de casi dos años, «es tan biua y tan aguda, que en el entendimiento pareçe de hedad de çinco años». Naturalmente, «las más lindas criaturas son del mundo». Para su primer cumpleaños, Carlos «ya anda en un carretoncillo» (sin duda, precursor de un andador para bebés) «y anda tan reçio y con tanta fuerça como sy fuese de tres años»; y, para agosto de 1501 «anda ya por sí, Dios le guarde, que la más rezia criatura es que yo he visto de su edad». Al mes siguiente, se complacía Fuensalida, ya era «tan rezyo como sy ovyesse dos años».¹⁶

El interés de los Reyes Católicos reflejaba no solo la natural fascinación de los abuelos, sino también una profunda inquietud sobre el futuro de su dinastía. En 1497 su heredero y único hijo varón, Juan, había muerto, dejando a su esposa Margarita embarazada, pero el hijo que esperaba también murió casi inmediatamente. Esto convertía a Isabel, hermana mayor de Juana, en heredera de todos los territorios gobernados por los Reyes Católicos, pero Isabel también murió en 1498, nada más dar a luz a su hijo, quien la siguió a la tumba dos años más tarde. El 8 de agosto de 1500, llegó a Felipe una carta de los Reyes Católicos «anunciando la muerte del niño, de manera que mi señor era ahora príncipe». Tres días más tarde, por primera vez, firmaba una carta como «Yo el príncipe», al estilo oficial utilizado en España por el príncipe heredero.¹⁷

Estos hechos afectaban profundamente al infante duque de Luxemburgo. A largo plazo, si sobrevivía, como hijo mayor de Juana y Fe-

lipo él les sucedería tanto en España como en los Países Bajos y en Austria. A corto plazo, sus padres le abandonarían, porque, aunque en España no había ceremonia de coronación, cada nuevo heredero al trono tenía que comparecer en persona ante la asamblea representativa (Cortes) de cada estado constituyente (Castilla, León y Granada juntos, y Aragón, Valencia y Cataluña, por separado) para recibir su juramento de lealtad. Al principio, Felipe no mostró un gran entusiasmo por su buena suerte. No informó a sus súbditos de su inminente partida a España hasta diciembre de 1500, fecha en la que pidió a sus súbditos neerlandeses que le financiaran los gastos del viaje; e incluso entonces sugirió que viajaría él solo. La ambigüedad del archiduque reflejaba en parte el hecho de que Juana estaba embarazada de su tercer descendiente, Isabel (nacida en julio de 1501 y llamada así por su abuela, Isabel la Católica), pero tal vez también la hostilidad de sus consejeros, quienes, según Fuensalida «no tyenen más voluntad de yr a España que de yr al infierno». El nuevo príncipe y la nueva princesa no comenzaron su viaje hasta el 31 de octubre de 1501, dejando a sus hijos al cuidado de Margarita de York en Malinas (donde el propio Felipe se había criado), ayudada por un «personal esencial» de casi cien personas. Los niños no volverían a ver a su padre hasta octubre de 1503, en tanto que su madre permaneció en España hasta después de dar a luz a otro hijo, al que llamó Fernando por su padre. No volvió a los Países Bajos hasta mayo de 1504.¹⁸

Como ha apuntado María José Rodríguez Salgado:

No era infrecuente en esta época que los príncipes fueran separados de sus padres, a quienes les unían tanto lazos políticos como personales. No deberíamos por tanto esperar que las dinastías aristocráticas y principescas de aquel tiempo compartieran el entramado emocional de la familia burguesa contemporánea. Pero incluso para los estándares de la época, Carlos había nacido en una familia extraordinaria y disfuncional.¹⁹

Las cartas de Fuensalida a los Reyes Católicos documentaban esta disfuncionalidad. En ellas informaba que, durante el tiempo que Juana estuvo ausente en España, Felipe «huelga mucho» con sus hijos «y los vee muchas vezes», mientras que, incluso después del regreso de Juana a los Países Bajos, ella les ignoraba. Por otra parte, las infidelidades de Felipe eran fuente de tan graves tensiones entre los padres de Carlos que en julio de 1504 Fuensalida (desgraciadamente para los historiadores) no se

atrevió a dejar los detalles puestos por escrito y prefirió enviar un mensajero especial para que describiera en persona dichas desavenencias a sus soberanos. Al mes siguiente, Felipe visitó Holanda sin su esposa, y el embajador comentaba con pena que «ni su Alteza [Juana] escribe al príncipe ni el príncipe a ella». El archiduque hizo un esfuerzo de reconciliación a su vuelta, llevando a Carlos y a sus hermanas de Malinas a Bruselas para que vieran a su madre, «pensando que en traérselos la ablandarían», pero (según Fuensalida) ella «no hizo mucha demostración de holgarse con ellos». Entonces Felipe probó con otra táctica. «Esa noche el príncipe durmió en la cámara de la princesa» (probablemente la noche en la que Juana concibió otra criatura, su hija María), pero las relaciones entre la pareja no tardaron en volver a deteriorarse. Se gritaban a menudo, y periódicamente Juana se retiraba a sus aposentos y se ponía en huelga de hambre; pero tras empuñar una vara de metal para golpear a los asistentes nombrados por su marido, Felipe la confinó en sus habitaciones bajo vigilancia.²⁰ Obviamente, no se podía confiar en dejar a los niños a su cuidado.

En octubre de 1504 llegó otra carta inesperada de España: Fernando de Aragón anunciaba que su esposa Isabel parecía a punto de morir. Así pues,

Desde luego mucho secretamente el príncipe, mi hijo, deve hordenar sus cosas de allá de manera que quedan al recabdo que convyene, syn que se pueda saber ni conoçer la cavsa porque lo haze, y secretamente sean aparejados él y la prinçesa, mi hija, para que sy tal caso viniere, en aviendo mensajero mío, partan luego y se vengan acá por la mar syn detenimiento alguno.

Una vez más, Felipe mostró una extrema renuencia a viajar a Castilla, quejándose a Fuensalida de que «la enfermedad de la reyna, mi señora» había «venido mal a punto», porque él acababa de emprender una guerra contra el duque Carlos de Güeldres, decidido y poderoso enemigo de los duques de Borgoña, «y esme gran ympedimiento para aver de yr a España, *porque avnque lo de España sea gran cosa, este es mi patrimonio verdadero, y yo no lo tengo de dexar perder*». Ni siquiera la noticia de la muerte de Isabel, llegada en diciembre de 1504, sirvió para hacer cambiar de parecer a Felipe: aunque él se hizo llamar de inmediato «rey de Castilla», continuó la guerra con Güeldres hasta que consiguió ocupar la mayoría de su ducado, para devolvérselo a continuación a cambio

de la promesa del duque Carlos de permanecer en paz mientras él viajaba a España. El nuevo rey y la nueva reina partieron finalmente de Zelanda en enero de 1506.²¹

El heredero universal

Aunque Carlos nunca conoció a su abuela española, sus opulentas exequias celebradas en Bruselas en 1505 fueron probablemente el primer acto público que recordaba. Él, sus hermanas y sus cortesanos, vestidos con abrigos y capuchas negras ribeteadas con pieles «en señal de luto por la difunta reina de España», vieron a sus padres arrodillarse ante el altar en la catedral de Santa Gúdula y escucharon la magnífica «Misa para Felipe el Hermoso», de Josquin des Prés, compuesta para la ocasión. Al terminar el servicio, oyeron a los heraldos proclamar a los «nuevos rey y reina de Castilla, León y Granada, y al príncipe y la princesa de Aragón y Sicilia», y vieron a sus padres desfilar solemnemente por las calles de Bruselas, precedidos por escudos y estandartes «sobre los que estaban escritos todos los títulos del rey, para que nadie pudiera alegar ignorancia». Poco después, el príncipe y sus hermanas se reunieron con su abuelo Maximiliano por primera vez, durante su estancia de más de un mes de duración en los Países Bajos, y sin duda asistieron a los numerosos torneos que este presidió «en el gran salón de palacio y en el parque de Bruselas», en uno de los cuales su padre participaba junto a tres de sus cortesanos, todos vestidos de rojo y amarillo, a la manera española.²²

Asimismo, los niños disfrutaron con los animales exóticos que Felipe trajo importados desde España —cuatro camellos, dos pelícanos, un avestruz y algunas gallinas de Guinea—, que se sumaron a los leones y osos que ya tenían en los jardines de palacio de Gante y Bruselas. Fuentes llegadas hasta nosotros atestiguan que Carlos se divertía azuzando a los leones con un palo, y se batía con las figuras representadas en los tapices de sus aposentos. También se pavoneaba montado en los caballitos de juguete que le habían regalado Maximiliano y el conde palatino Federico de Baviera (dos hombres que desempeñarían un papel importante en su vida); conducía un carrito tirado por ponis en el que llevaba a sus hermanas; y organizaba a sus pajes en ejércitos de cristianos y turcos, en los que el príncipe invariablemente se ponía al mando de los primeros y siempre salía vencedor.²³

Los niños también aprendían a leer y a escribir. Al principio, Carlos, Leonor e Isabel estudiaron juntos bajo la dirección de Juan de Anchieta,

un sacerdote y compositor español que había acompañado a Juana a los Países Bajos en calidad de maestro de capilla e instructor de canto, una combinación frecuente en aquella época dado que los músicos debían escribir sus propias partituras y eran por tanto diestros en el manejo de la pluma, en tanto que los niños por lo general aprendían a leer y escribir recitando y leyendo oraciones. Así, en abril de 1503 (cuando Leonor tenía cuatro años y medio, Carlos poco más de tres e Isabel aún no había cumplido los dos), Felipe pagó a uno de sus capellanes, a la sazón copista de manuscritos musicales, algo más de 2 libras «por un libro de pergamino que él había ilustrado, con las lecturas del Evangelio y las oraciones que se les leían» al duque de Luxemburgo y sus hermanas «cada día después de que hubieran oído misa»; y en diciembre, probablemente como regalo por su quinto cumpleaños, Felipe le entregó a Leonor «un libro llamado *ABC*, compuesto de letras de gran tamaño, con gran cantidad de ilustraciones y algunas letras de oro», que costó 12 libras, un precio bastante caro para una cartilla infantil, pero que demostró ser una buena inversión dado que un año más tarde la niña ya era capaz de enviar una carta escrita de su puño y letra a su abuelo Fernando.²⁴ Los progresos de Carlos eran más lentos. En enero de 1504, cuando en su nombre se envió una carta en español a su abuelo con la disculpa «perdone Vuestra Alteza la descortesía, que no le escriui de mi mano» (algo bastante lógico para un niño que aún no había cumplido los cuatro años), el príncipe aún no sabía escribir su nombre, limitándose a copiar las letras escritas en una hoja aparte por su tutor (*véase lámina 1*).²⁵

Al regreso de Anchieta a España en 1505, Luis Cabeza de Vaca, «español de noble sangre y sobresaliente en letras y buenas costumbres», que entonces pasó a ser el preceptor de los hijos de los monarcas, tomó como primera medida crear un entorno más favorable para el aprendizaje —un carpintero local proporcionó un escritorio especial con cajonera para el material escolar y asientos, «para que el príncipe y sus hermanas pudieran ir a la escuela»— y durante los tres años siguientes Cabeza de Vaca continuó dando clase conjuntamente a sus tres ilustres pupilos (*véase lámina 2*).²⁶ No obstante, Carlos siguió haciendo pocos progresos. Cuando en septiembre de 1506 Maximiliano expresó su deseo de que su nieto aprendiera algo de neerlandés, su gobernador replicó con bastante sequedad: «trataré de satisfacer vuestra petición cuando haya aprendido primero a hablar correctamente y a leer». Es posible que la enfermedad fuera causa del retraso en su aprendizaje, si tenemos en cuenta que a lo largo de 1505 se dispensó una importante cantidad de

«drogas, medicamentos y hierbas por orden de los médicos al príncipe y a sus hermanas». Isabel llevó la peor parte, debido a que «tuvo una infección en los ojos» que obligó a sus padres a pagar a una «eminencia médica» que la estuvo «visitando cada día durante los nueve meses que duró su enfermedad».²⁷

Justo después de que la eminencia médica declarara curada a Isabel, en septiembre de 1505, Juana dio a luz a otra niña, María (llamada así por su abuela paterna), lo que elevó el número de hijos que habitaban en Malinas a cuatro; pero este aumento del círculo familiar de Carlos se vio equilibrado con algunas pérdidas. Margarita de Austria, su tía y madrina, se fue para casarse con el duque de Saboya en 1501, en tanto que su bisabuela y primera aya, Margarita de York, murió dos años después. Pero, aunque Carlos todavía era demasiado pequeño para que esto le afectara, lo que sí notó fue la marcha de sus padres. Estos visitaron Malinas en noviembre de 1505, justo antes de salir para Zelanda, donde Felipe había reunido una flota que habría de trasladarles de nuevo a España. Como la flota tuvo que permanecer atracada en puerto debido a que los vientos eran adversos, Felipe pudo regresar a Malinas a ver a sus hijos en diciembre, pero esta sería la última vez: antes de pasado un año moriría en España. Isabel y María nunca volverían a verles, ni a él ni a su madre, ni a reunirse con su hermana pequeña Catalina (nacida en la primavera de 1507), ya que, aunque Juana sobrevivió hasta 1555, no volvió a salir de España, mientras que Catalina, que les sobrevivió a todos (murió en 1578), nunca abandonó la península ibérica.

Pese a que obviamente los nuevos rey y reina de Castilla no eran conscientes de que jamás volverían a ver los Países Bajos, los riesgos y peligros de los viajes en aquella época —principios de la Europa moderna— les llevaron a tomar algunas precauciones. En junio de 1505 Felipe se reunió con su padre y su hermana, con la intención (según el embajador Quirino) de que Margarita, de nuevo viuda, «quedara al gobierno de los Países Bajos mientras [Felipe] estaba en España; pero no pudieron llegar a un acuerdo, y por tanto regresaron a Saboya». En lugar de eso, Felipe nombró al barón Chièvres, en aquel momento jefe de su Tesorería, regente y comandante en jefe durante su ausencia, con plenos poderes para tomar decisiones militares, judiciales y administrativas, así como para «firmar tratados, alianzas y acuerdos» con potencias extranjeras, «y hacer o mandar hacer todo lo que nosotros mismos haríamos o podríamos hacer».²⁸ Felipe además nombró al primo de Chièvres (y pa-

drino de Carlos), el príncipe de Chimay, tutor de sus hijos, con instrucciones de que estos «debían ser cuidadosamente protegidos y enseñados en cuanto a buena conducta y todo modo de conocimiento», especificando que para cuando Carlos «alcanzara la edad de siete años, debería ser capaz de aprender y entender el latín escrito, tocar todos los instrumentos musicales y usar armas de defensa y de ataque». ²⁹

Por último, Felipe dictó un testamento que revelaba una profunda incertidumbre respecto al futuro de sus dominios. En él establecía que, si moría en España, habría de ser enterrado en Granada junto a su suegra Isabel, en tanto que, si su muerte acontecía en los Países Bajos o cerca de ellos, quería ser enterrado en Brujas junto a su madre María. «Pero si el ducado de Borgoña estuviera en nuestras manos» en el momento de su muerte «quiero ser enterrado en la Cartuja de Dijon, junto a los duques de Borgoña, mis predecesores». Felipe también dejaba dicho que cada una de sus hijas «mientras permanezcan solteras, deberán ser bien y honrosamente mantenidas, de acuerdo con su condición, a expensas de mi hijo mayor», y que una vez casadas cada una debería «recibir una dote de 200.000 escudos de oro», una previsión nada realista, dado que cada dote excedía con mucho sus ingresos anuales procedentes de los Países Bajos. Lo más sorprendente de todo es que nombraba a sus «hijos varones» conjuntamente «herederos universales de todos mis reinos, ducados, condados, tierras, señoríos y demás posesiones», ordenando que «deseo que cada uno herede y me suceda en las diversas partes y fracciones conforme a los usos y costumbres de los lugares donde dichas posesiones estén situadas». ³⁰

Evidentemente, Felipe contemplaba una partición de la inmensa pero dispersa herencia generada por los matrimonios y muertes de sus parientes Trastámara (una medida prudente que sus sucesores contemplarían también en varias ocasiones), aunque pocos en aquel momento consideraban este resultado probable. Enrique VII de Inglaterra predijo que Carlos «serya señor de todo y podría mandar el mundo», mientras que el embajador Quirino declaraba que, dado que Carlos era en aquel momento el heredero universal de «todos los Países Bajos, y sucederá a su madre [Juana] como soberano de Castilla a su muerte, y a su abuelo el archiduque de Austria, será un gran señor». Sin embargo, añadía el embajador ominosamente, aunque Carlos era «un niño guapo y feliz, en todos sus actos se mostraba terco y cruel como el viejo duque Carlos [el Temerario] de Borgoña». ³¹

Un niño guapo y feliz

Durante algún tiempo, el futuro del «niño guapo y feliz» estuvo pendiente de un hilo. Felipe llevó con él a España más de 400 cortesanos, más de 100 escoltas y unos 2.000 soldados alemanes, y su repentina muerte acaecida allí en septiembre de 1506 les dejó a todos desamparados. «No había ni uno entre nosotros que tuviera un céntimo», se quejaba uno de ellos, añadiendo que «para cuando el rey murió, él ya había gastado todo su dinero». Dado que nadie en España iba a ayudarles y temiendo que se emitiera una orden que les impidiera regresar a su país, los desesperados cortesanos se quedaron todo lo que pudieron de los bienes del rey, empezando por sus joyas, oro y plata, y «lo vendieron todo por mucho menos de lo que valía». Más adelante, «vendieron sus propias ropas, caballos y demás posesiones de valor a cambio de pan» y un pasaje de vuelta a casa. Los supervivientes flamencos albergaron desde entonces un profundo resentimiento hacia España.³²

La noticia de la muerte de Felipe llegó a los Países Bajos mientras Chièvres se encontraba ausente de Malinas, dirigiendo las operaciones contra el duque de Güeldres que, animado por Luis XII de Francia, había retomado las hostilidades. El pánico hizo presa en el resto del Consejo dado que (en palabras de uno de sus miembros) «todavía no sabemos cómo será recibida tanto por los súbditos como por los amigos y enemigos vecinos». El temor era que se produjeran «revueltas» como las que siguieron a la muerte del abuelo de Felipe, Carlos, en 1477, y a la de su madre, María, en 1482; ya que, aunque el rey de Francia enviaba cartas «llenas de buenas palabras, como siempre, sería muy peligroso poner mucha confianza en ellas». Por otra parte, los regentes albergaban el mal presentimiento de que «no sabemos cómo saldrán las cosas en Castilla», y por otra parte Felipe había muerto de forma tan repentina que «ni siquiera sabíamos que estaba enfermo», dejando a Juana en España y a Carlos demasiado joven para gobernar.³³ De modo que, con cierta inquietud, convocaron los Estados Generales.

Felipe había convocado a esta asamblea de representantes veinticinco veces durante su década de gobierno personal, y hasta en cuatro ocasiones solo en 1505, para tratar sobre la paz y la guerra, y para solicitar nuevos impuestos. Los delegados de cuatro de las provincias más grandes y ricas (Brabante, Flandes, Henao y Holanda) casi siempre asistían a los Estados Generales, normalmente junto a los de Artesia, el Flandes francés, Malinas, Namur y Zelanda, y ocasionalmente acompañados también por los de Limburgo y Luxemburgo. En cada una de es-

tas ocasiones, las distintas delegaciones provinciales debatían los asuntos referidos a ellos en tres «órdenes» diferentes: prelados, nobles y ciudades. Lo mismo se hizo en la asamblea celebrada en Malinas el 15 de octubre de 1506, «para reunirse con nuestro señor, el archiduque, príncipe de Castilla, y ver si acuerdan (como esperamos) ofrecerle consejo sobre los asuntos a tratar».³⁴

En este punto, el estilo consensuado de gobierno de Felipe, tanto en el ámbito interior como exterior, dio sus frutos. Todas las comunidades de los Países Bajos dieron rienda suelta a «la mayor pena y lamentación que se haya visto nunca», a la vez que, tanto Enrique VII de Inglaterra como Luis XII de Francia ofrecieron su protección al joven príncipe. De hecho, durante el resto de su reinado, Luis respetó la neutralidad de las posesiones de Carlos (aunque continuó prestando ayuda clandestina al duque de Güeldres), y algunos de los regentes (especialmente aquellos que poseían tierras en las provincias del sur, como Chièvres) se mostraron favorables a poner a los Países Bajos bajo la protección francesa. Otros, sobre todo los que tenían estados en las provincias marítimas (como Bergen), eran partidarios de una alianza con Inglaterra. Los Estados Generales, sin embargo, consideraron que Maximiliano era el que mejor podría garantizar su futuro y enviaron una delegación, de la que formaron parte tanto Chièvres como Bergen, para invitarle a ejercer como tutor de sus nietos y como regente.³⁵

Maximiliano tenía prevista esta decisión: nada más enterarse de la muerte de su hijo, ordenó al Consejo de Regencia «continuar gobernando nuestros Países Bajos, como mi difunto hijo les ordenó hacer, en nuestro nombre y en el de nuestro muy querido archiduque Carlos» hasta que él pudiera regresar y asumir personalmente el cargo, «lo que ocurrirá dentro de dos o tres semanas». Sin duda dándose cuenta de que el plazo era totalmente impracticable, mandó llamar también a su hija Margarita para que se uniera a él.³⁶

La archiduquesa, que entonces tenía 27 años de edad, había llevado una vida bastante azarosa. En 1483, con tres años, fue a Francia como novia de Carlos VIII y pasó los siguientes ocho años en la corte francesa, hasta que el rey la repudió sin ningún miramiento y se casó con otra. Tras vivir dos años con su madre en Malinas, Margarita viajó a España a casarse con el príncipe Juan, pero este murió pasados solo seis meses, seguido al poco tiempo de su único hijo, y en 1500 Margarita regresó a Malinas. Dieciocho meses más tarde, Margarita partió de Saboya para casarse con el duque Filiberto, con quien vivió feliz hasta que este también murió en

plena juventud en 1504. Margarita se concentró entonces en construir el magnífico mausoleo que se conserva en Brou, en el sureste de Francia, y salvo por un breve viaje en 1505 para tratar con su padre y hermano de la posibilidad de ejercer de regente de los Países Bajos, permaneció en Saboya hasta que Maximiliano la invitó a unirse a él al año siguiente. Los dos pasaron varios meses juntos, obviamente debatiendo cuál sería la mejor manera de resolver la emergencia generada por la inesperada muerte de Felipe, hasta que en marzo de 1507 Maximiliano firmó la patente real por la que aceptaba formalmente:

La tutela, guarda, gobierno y administración de nuestros queridos y amados nietos, Carlos, príncipe de Castilla, Fernando, archiduque de Austria y sus hermanas Leonor, Isabel, María y Catalina, todos ellos menores de edad, así como sus posesiones, tierras y señoríos, como estamos capacitados y titulados para hacer por derecho y razón en calidad de abuelo y pariente más cercana.

Dado que aún no podía ejercer estos poderes en persona, nombró a Margarita su «procuradora» para recibir juramento de obediencia «de los Estados de nuestras tierras y señoríos en los Países Bajos», y envió comisionados a prestar un juramento ante los Estados Generales en virtud del cual él asumía actuar «irrevocablemente» como único tutor y regente de Carlos «hasta que cumpliera su mayoría de edad».³⁷

Esto constituía una asunción de poder de dimensiones asombrosas. Chièvres y sus colegas habían gobernado los Países Bajos satisfactoriamente durante dieciocho meses con una supervisión mínima: ahora Maximiliano les despedía unilateralmente y reclamaba su absoluta autoridad sobre los Países Bajos, así como sobre sus nietos residentes en Malinas. También reivindicaba su autoridad sobre los demás territorios dejados por su hijo a sus otros nietos Fernando y Catalina, que vivían en España. Dado que el emperador no tenía autoridad en España, la herencia de Carlos quedó en efecto dividida, tal y como su padre había previsto en su testamento: el padre de Juana, el rey Fernando, lo hacía lo mejor que podía para controlar Castilla (así como Aragón y Sicilia, de las que era soberano, y Nápoles, arrebatado recientemente por sus tropas a los franceses), y educaba a su nieto y tocayo como príncipe de España. Mientras que Maximiliano luchaba por controlar los Países Bajos y asegurarse de que su heredero fuera educado como un príncipe de Borgoña.

Carlos y sus hermanas se enteraron de la pérdida en 1506, cuando

su gobernador les comunicó de que su padre había muerto. «Mostraron la aflicción normal para su edad, o mayor incluso», informó a Maximiliano, y «dijeron que habían tenido suerte de contar con un padre fiel como vos, y que ahora tendríais doble tarea». Carlos se refirió a partir de entonces al emperador como «mi agüelo y padre». ³⁸ Aunque Maximiliano no volvió a visitarles hasta dos años más tarde, Margarita llegó a Malinas en abril de 1507 y empezó a hacerse cargo de su sobrino y sobrinas. Los niños se encariñaron con ella de inmediato: cuando poco después se marchó para cumplir sus obligaciones políticas, estos rompieron a llorar (según un testigo presencial) porque «ya no iban a ver a su tía y madrina o, más exactamente, a su nueva madre». ³⁹

Cuando Margarita volvió a Malinas dos meses más tarde, organizó unas solemnes exequias para su difunto hermano en la catedral de San Romualdo, en las que Carlos compareció por primera vez como soberano. En primer lugar, tomó de la biblioteca de los duques de Borgoña un magníficamente ilustrado libro de oraciones manuscrito, encuadernado en terciopelo negro, en el que aparecían las armas de Carlos el Temerario, y se lo regaló a su joven tocayo, sin duda para que lo utilizara durante el servicio. A continuación, hizo que Carlos encabezara una solemne procesión «montado en un caballo pequeño» y «flanqueado por los arqueros de su guardia personal». Después de la misa, el heraldo mayor gritó «el rey ha muerto» y, tras una breve pausa, «Larga vida a Carlos, archiduque de Austria y príncipe de España por la gracia de Dios». Los demás heraldos allí presentes fueron uno por uno proclamando el resto de sus numerosos títulos —duque de Brabante, conde de Flandes, etcétera—, tras lo cual Carlos recibió la espada de la justicia «en sus pequeñas manos, y sujetándola con la punta hacia arriba, fue hacia el altar», donde rezó brevemente antes de volver a encabezar la procesión de vuelta a palacio. Allí «el noble y joven príncipe armó a un nuevo caballero por primera vez», demostrando así a todos su nueva condición. Esta detallada narración de la primera aparición pública de Carlos como soberano, escrita por el cronista oficial de Margarita, Jean Lemaire des Belges, terminaba con el piadoso deseo: «¡Quiera Dios que en el futuro pueda llegar tan lejos como Carlomagno en la defensa de los asuntos públicos y de la Cristiandad!». ⁴⁰

Los acontecimientos del día siguiente revelan la vacuidad de tan grandiosas perspectivas. Margarita había ordenado que volvieran a reunirse los Estados Generales «en la gran cámara de la residencia del príncipe, todavía con cortinajes negros», para escuchar la petición del canci-

ller de instaurar nuevos impuestos para financiar una defensa eficaz contra Güeldres, satisfacer las deudas del difunto rey y «pagar los gastos de la casa de mi señor y sus hermanas». Margarita pronunció un breve discurso de apoyo antes de volverse hacia Carlos para preguntarle:

«¿No es así, sobrino?». Y a continuación mi señor el archiduque, consciente de sus principescas responsabilidades pese a su escasa edad, solicitó a los diputados su consentimiento mediante un breve discurso que fue mejor entendido por su expresión facial que por el sonido de su voz infantil.

Pero sus palabras fueron en vano. Los Estados Generales rechazaron de plano votar ningún nuevo impuesto y Carlos aprendió así por primera vez que la recaudación de fondos para sus empresas requería una cuidadosa preparación.⁴¹

Pocas semanas más tarde, Margarita presentó a su sobrino a los combatientes a los que irían a parar la mayoría de los impuestos pagados por sus súbditos durante el medio siglo siguiente. Convocó a sus principales oficiales al gran salón de palacio y señaló a Carlos diciendo: «Señores: aquí tienen a la persona por la que combaten. Él nunca flaqueará. ¡Sírvanle!». Al día siguiente ella y su sobrino se asomaron a una ventana de palacio para ver partir a 500 soldados de caballería «con los estandartes desplegados y las trompetas sonando» a defender los Países Bajos contra Güeldres.⁴²

La archiduquesa Margarita de Austria, duquesa viuda de Saboya

Cuando Maximiliano nombró a Margarita su «procuradora» en 1507, adquirió para ella un conjunto de edificios en Malinas, justo enfrente del Keizerhof donde vivían sus nietos. Pronto renovado y conocido como el Hof van Savoy, se convirtió en el cuartel general de Margarita hasta su muerte en 1530. Según los libros contables de su casa, más de 150 cortesanos se sentaban allí a comer cada día, incluidos visitantes de toda Europa a quienes la archiduquesa quería que su sobrino y sobrinas conocieran. Algunos procedían de familias poderosas, como el duque Maximiliano Sforza de Milán y el conde palatino Federico de Baviera; otros estaban emparentados con los ministros de Carlos, como Guillermo de Croÿ, sobrino de Chièvres; pero otros procedían de familias de

menor rango. Una de ellas era Ana Bolena, hija de un embajador inglés que quería que aprendiera a hablar el francés con fluidez. Cuando esta llegó a Malinas en 1513, Margarita le dijo a su padre: «la encuentro tan refinada y agradable, pese a su juventud, que le tengo que estar yo más agradecida a vos por haberla enviado que vos a mí». La joven permaneció allí durante un año, aprendiendo el francés que más tarde cautivaría a Enrique VIII y la convertiría en reina de Inglaterra.⁴³

La corte de Margarita se convirtió en poco tiempo en el más importante centro cultural del norte de Europa. Su biblioteca contenía casi 400 libros encuadernados, muchos de ellos exquisitos manuscritos ilustrados, y tenía contratados a Barend van Orley y Jan Vermeyen como pintores de su casa, y a Peter de Pannemaker como tejedor de tapices personal. También recibía a los artistas más famosos de su época, entre ellos Alberto Durero, quien en 1521 alabó sus cuadros «y muchas otras cosas de valor, además de una muy valiosa biblioteca».⁴⁴ En el momento de su muerte, acaecida en 1530, la archiduquesa poseía más de cien tapices, más de cincuenta esculturas y casi 200 cuadros (incluidas obras de los mejores artistas neerlandeses: Rogier van der Weyden, El Bosco, Hans Memling y Jan van Eyck); y se tomaba un gran interés personal por sus posesiones. Encargó una nueva bisagra para el gran tríptico de *El matrimonio Arnolfini*, a fin de que las alas pudieran cerrarse como es debido; mandó llamar al celebrado pintor Jan Gossaert para que llevara a cabo la cuidadosa restauración de sus lienzos más valorados; y el inventario de sus posesiones contiene correcciones y anotaciones de su propio puño y letra, que revelan su implicación personal en la creación de la colección. En palabras de Dagmar Eichberger, que ha estudiado detalladamente las colecciones de Margarita, la archiduquesa «podía sentirse orgullosa de contar con una extensa galería de retratos en su comedor, una colección de artefactos etnográficos del Nuevo Mundo en su biblioteca, una galería de cuadros en su majestuoso dormitorio y un bonito surtido de pequeños objetos, científicos y exóticos, en sus dos vitrinas».⁴⁵ El ejemplo de Margarita serviría de inspiración a sus jóvenes pupilos, cada uno de los cuales mostraría más adelante un excelente gusto artístico así como amplios intereses culturales; por ejemplo, cuando en 1548 Carlos reorganizó la casa de su hijo, eligió el solemne «estilo borgoñón» que Margarita había perfeccionado en Malinas.

Carlos y sus hermanas se convirtieron en el «proyecto» de Margarita —la familia que nunca antes había tenido— y durante el resto de sus vidas estos se referirían a ella en términos de «su señora mi tía y querida

madre» (o «tu humilde hijo y sobrino»). Cuando ella murió, Carlos afirmó que «su pérdida no afecta a nadie más que me afecta a mí, porque la consideraba mi madre». ⁴⁶ La correspondencia que se conserva de Margarita explica por qué los niños la adoraban. Cuando en 1507 su padre nombró un sustituto para fray Jean de Witte como confesor de sus nietos, Margarita pidió que Leonor quedara exenta. Carlos y sus hermanas menores, le exponía a Maximiliano, «no tienen aún gran necesidad» de dirección espiritual, «salvo para orientarles y animarles a obedecer los mandamientos de Dios y su santa Iglesia», pero Leonor (entonces de nueve años) «ya sabe muy bien lo que es portarse bien y portarse mal», y, dado que a ella le gustaba fray Jean, Margarita pedía a su padre que le mantuviera en el puesto. Cuatro años después, al enterarse de que el preceptor de sus sobrinos «había prohibido bailar a las damas», Margarita le informó de que «esto les causa mucho aburrimiento y pena. Así pues, por compasión de ellas, creo que se les debería seguir permitiendo bailar como hasta ahora». Enseñó a sus sobrinas a coser, a bordar y el arte de hacer conservas; y en 1514, cuando parecía que María Tudor (hermana de Enrique VIII y también huérfana) se casaría con Carlos y se trasladaría a los Países Bajos, Margarita le envió un modelo «de las ropas que las damas suelen usar aquí, para que le sea más fácil vestirse a nuestro estilo local cuando venga». ⁴⁷ ¿Podía una madre haber hecho más? Mucho después de que sus pupilos se marcharan, Margarita actuó como centro de intercambio de información familiar. Así, cuando en 1518 recibió una carta de Carlos desde España, inmediatamente escribió para informar a su hermana María, entonces en Hungría, de que «todos los días participa en justas y torneos, y estoy segura de que muchas veces le gustaría que tú y yo estuviéramos allí para disfrutar con él». Sobre todo, Margarita enseñaba a todos los miembros de cada generación «a respetar y servir a la dinastía en la que habían nacido, inculcando en sus jóvenes protegidos un principio al que dedicarían toda su vida: una profunda lealtad a la casa Habsburgo». ⁴⁸

Proteger al heredero

La frecuencia de las muertes prematuras entre las dinastías Habsburgo, Borgoña y Trastámara —el archiduque Felipe y su hermana María, así como los dos hijos mayores y el nieto mayor de los monarcas católicos— explica sin duda la obsesiva preocupación respecto a la salud de Carlos y sus hermanas. Así, en 1508, cuando Maximiliano volvió a los Países

Bajos y sugirió que «para su recreo» su nieto viajara con él entre Malinas, Lier y Amberes, todas en un radio total de no más de 20 kilómetros, el príncipe de Chimay presentó una protesta formal basándose en «la joven edad de mi señor, que es vulnerable y delicado» (Carlos tenía ocho años). Si el emperador no obstante insistía, continuaba diciendo Chimay, entonces, después de cada día de viaje, el príncipe debía «no viajar en un día entero, para que tenga dos noches consecutivas para descansar y recuperarse». Seis meses después, era Maximiliano el que exageraba. Se enteró de que un sirviente de Liberal Trevisan, el médico veneciano que atendió a Juana «durante cuarenta y nueve días seguidos» tras la muerte de su hijo, iba de camino a los Países Bajos para regalarle un perro a Carlos: «Ten cuidado con esto», instaba a Margarita, y mantén al doctor a raya «mientras continúe el estado de guerra actual entre nosotros y los venecianos». Al poco tiempo, ordenó que expulsara a Trevisan de los Países Bajos «debido a nuestras sospechas respecto a él: ya que es veneciano, no queremos que siga tratando a nuestro nieto». ⁴⁹ Margarita compartía estos temores. Pocas semanas más tarde insistía en que sus pupilos «deben residir [en Malinas] permanentemente, sin dejar la ciudad hasta que yo vuelva» porque «en estos tiempos no sabe uno de quién puede fiarse». También vivía obsesionada por la salud de los niños, dado que (como en una ocasión le confió a Maximiliano) «incluso la más pequeña enfermedad en personas de tal importancia causa preocupación». Por tanto, cuando llegó la noticia de que las hermanas del príncipe habían contraído la viruela en Malinas, mantuvo a Carlos en Bruselas «porque los médicos dicen que la enfermedad es contagiosa y mi sobrino podría contagiarse» (como en efecto ocurrió, viéndose incapacitado por esta fastidiosa y peligrosa enfermedad durante más de un mes). ⁵⁰

Al parecer, las obsesiones de Margarita no afectaban a la educación de su sobrino. A diferencia de Maximiliano, cuyos cuadernos escolares de ejercicios todavía se conservan (lo que ha permitido a los historiadores realizar un seguimiento de sus progresos educativos), la única prueba que se conserva de la temprana alfabetización de Carlos es un grupo de cartas que, no obstante, le delatan como un alumno muy lento en su aprendizaje. Por ejemplo, una carta de 1508 contiene doce palabras en español y su firma como príncipe de Castilla; en tanto que otra, escrita dos meses más tarde, termina con tres palabras en francés y su firma como duque de Borgoña (*véase lámina 3*). Todavía a la edad de ocho años, Carlos seguía escribiendo las letras de una en una y no separaba las palabras.

Su letra siempre fue mala. En 1532, tras recibir una serie de instrucciones manuscritas, su hermana María se quejaba de no estar segura de «si las había leído correctamente; porque, si se me permite decirlo, una o dos palabras están tan mal escritas que no he sido capaz de leerlas, y no sé si he acertado al adivinarlas». La descripción que hace un historiador moderno de la caligrafía madura de su hermana mayor Leonor, aprendida con los mismos preceptores (Juan de Anchieta y Luis Cabeza de Vaca), sonará deprimentemente familiar a todos los que han tenido que vérselas con la caligrafía del emperador. Leonor,

Normalmente unía tantos caracteres de una sola palabra, e incluso de varias palabras, como le era posible, como si tratara de unir tantas letras como fuera capaz sin levantar la mano del papel. Nunca dudaba en dejar palabras borradas o en usar todas las abreviaturas conocidas... En realidad, nunca hacía uso de la puntuación, aunque a veces indicaba el final de una frase con un trazo oblicuo... Prefería la eficiencia a la legibilidad.⁵¹

Afortunadamente, Carlos y sus hermanas entraron en contacto con muchos hombres y mujeres cultivados y con su trabajo académico. Las cuentas del tesorero general de los Países Bajos registraban un pago de 10 libras, en octubre de 1504, «al hermano Erasmo de Rotterdam, un fraile de la orden agustiniana, como donación única de mi señor en calidad de ayuda para sufragar sus gastos en la Universidad de Lovaina, donde se halla estudiando» (y sin duda como recompensa por el Panegírico sobre el «viaje a España y feliz regreso a casa» de Felipe, enviado a la corte el enero anterior. Aunque Erasmo rechazó una invitación para ser el tutor de Carlos, mantuvo una correspondencia regular con miembros de la casa del príncipe y le dedicó dos de sus libros.⁵² La corte también patrocinaba a músicos, artistas y artesanos. En 1498, el padre de Carlos encargó un órgano portátil para su casa; mientras que en 1504 (sirva para poner en perspectiva el donativo de 10 libras a Erasmo) pagó 15 libras a un encuadernador por «fabricar cubiertas de madera a cinco grandes libras para mi señor, y por reparar y dar baño de oro otras obras»; 36 libras a «Jerónimo van Aeken, llamado El Bosco», por «un cuadro de muy gran tamaño, de nueve pies de alto y once pies de ancho, que representa el Juicio Final, esto es, el Cielo y el Infierno, que mi señor le ordenó pintar»; y 174 libras a su fabricante de tapices «por cinco delicadas alfombras hechas de terciopelo turco» (dos de las cuales dio inmediatamente a sus hi-

jos). Al año siguiente, Felipe pagó 23 libras a «un hombre que tocaba un extraño instrumento español, y a una joven de Lombardía» que «tocó varias canciones y realizó acrobacias mientras él cenaba», así como 25 libras a un pintor que le regaló «un cuadro de una mujer desnuda». ⁵³

Cortejo y matrimonio

Justo antes de su octavo cumpleaños, Carlos contrajo matrimonio, y no por primera vez. En 1501, los diplomáticos de su padre firmaron un tratado que le comprometía con Claudia, hija de Luis XII de Francia; pero a pesar de renovar dicho acuerdo hasta en tres ocasiones distintas, Luis no tenía intención de cumplirlo, dado que ya había prometido que su hija se casaría con su pariente varón más cercano (y por tanto presunto heredero a la Corona francesa), Francisco, duque de Angulema. Tan pronto como el engaño se hizo público, Maximiliano (en su calidad de tutor y protector de su nieto) inició negociaciones para que Carlos se casara con la hija de Enrique VII de Inglaterra, María, y en diciembre de 1507 Juan de Berghes fue a Inglaterra como apoderado de Carlos y colocó un anillo en el dedo de la princesa, tras lo cual la pareja intercambió sus votos matrimoniales. Un triunfalista tratado inglés celebraba «la más noble alianza y el más importante matrimonio de toda la Cristiandad, considerando las muchas y diversas regiones y países que dicho joven príncipe... heredará», y Carlos firmó obsequiosas cartas para Enrique VII, a quien llamaba padre, y para «la princesa de Castilla» (como llegó a ser conocida), a quien se dirigía como «su devoto esposo y compañero» (*véase lámina 3*). La patente real, en la que se establecía una casa separada para las hermanas de Carlos, ordenaba a su tesorero incluir «a nuestra muy querida y amada esposa, María de Inglaterra». ⁵⁴

Aunque Carlos nunca consumó «el más importante matrimonio de toda la Cristiandad», obtuvo una ventaja inmediata. Enrique VII accedió a hacer a su nuevo yerno miembro de la exclusiva Orden de la Jarretera, y en febrero de 1509, en presencia de Maximiliano, «los embajadores ingleses entregaron al archiduque la insignia de la Orden, que este recibió solemnemente, vestido con una capa morada de terciopelo y capucha escarlata» y (consideradamente) la cruz de San Jorge en el hombro. A esto siguió una semana de celebraciones, incluyendo justas en el Grote Markt en las que participó Maximiliano (pese a tener ya cincuenta años), y que sus nietos pudieron presenciar, llenos de admiración, desde el balcón del ayuntamiento. ⁵⁵

Poco antes de abandonar los Países Bajos en la primavera de 1509, Maximiliano adoptó dos importantes decisiones que afectaban a Carlos. En primer lugar, creó una casa aparte para el príncipe, con hasta doce pajes (que más tarde se convertirían en escuderos y luego caballeros) y entre seis y ocho jóvenes compañeros nobles (*enfants d'honneur*), así como multitud de otros sirvientes. En segundo lugar, confirió a Margarita el título de «regente y gobernadora» de los Países Bajos Habsburgo y la autorizó a presidir el Consejo Privado compuesto de doce caballeros de la Orden del Toisón de Oro, que debían acompañarla en todo momento.⁵⁶

Según el historiador belga Henri Pirenne, estos cambios representaban «una libertad de acción que nunca antes había tenido una gobernadora», pero Margarita esperaba todavía más. Instó a su padre a que le confiriera «la misma autoridad que [él] ejerce, sin excepción», y a aceptar que «ella pueda ejercer dicha autoridad por su cuenta»; pero Maximiliano insistía en quedarse para sí el control sobre las finanzas, la guerra, la paz y el patrocinio. «Dado que soy tutor y abuelo de mis nietos», le amonestaba, «me parece que debo retener algunos poderes, tanto para supervisarte a ti como para mantener mi reputación», y su correspondencia con su hija ofrece incontables ejemplos de decisiones tomadas pese a la oposición de esta.⁵⁷ Sobre todo, Margarita quería marginar a Chièvres, todavía «jefe y gobernador de finanzas» y, con este fin, convocó a «todos los grandes señores y nobles de estas provincias» a una reunión y les pidió que «dejaran a un lado todas sus diferencias y rencillas». Más tarde presumiría ante su padre de haberlo conseguido en todos los casos salvo en uno: el príncipe de Chimay deseaba renunciar a su cargo como «primer chambelán» del príncipe en favor de su primo Chièvres, en tanto que Margarita era firmemente partidaria de nombrar a Juan de Berghes, y le pidió a su padre que así lo hiciera. Pero Maximiliano ignoró su petición: Chièvres comenzó a cobrar su salario como «primer chambelán» el 27 de abril de 1509, convirtiéndose desde ese momento en el compañero inseparable del príncipe. Las cuentas de la casa de aquel año registran la compra de tejidos a juego «para el cubrecama de mi señor [Carlos] y la cama de mi señor de Chièvres, su gobernador»; y, cuando, ocho años más tarde, Carlos decretó algunos cambios en la casa de su hermano Fernando, ordenó que uno de sus propios confidentes «duerma siempre en su cámara... como haze M. de Chièvres en la nuestra, porque quando despertare, si quisiere, tenga con quien hablar».⁵⁸

Aunque el emperador prevalecía en estas importantes cuestiones, él también había esperado más. En 1508 anunció a una asamblea de caba-

llos del Toisón de Oro su intención de reunir todas sus posesiones y unificarlas en un solo reino, que sería llamado de «Borgoña y Austria» para una mejor defensa contra los enemigos comunes. Aunque esta iniciativa fracasó, dos años después anunció su intención de llevarse a Carlos con él a Austria y «hacerle inmediatamente después rey de *Austrasia*», un título prácticamente desconocido en Europa desde los tiempos de Carlomagno. En previsión de ello sus consejeros redactaron unas «Instrucciones para la casa del futuro rey de Austrasia», pero una vez más la iniciativa no prosperó.⁵⁹ Entretanto, Chièvres luchaba por mejorar las relaciones entre los Países Bajos borgoñones y Francia, mientras Margarita se esforzaba por fortalecer los lazos con Inglaterra. Durante los siete años siguientes, estas tres poderosas figuras competirían sin cuartel por ganarse el corazón y la mente del príncipe huérfano y, a la larga, por el control de su herencia una vez llegara a la mayoría de edad.